

**En todas partes y en ninguna:
la sociología de la literatura después de “la sociología de la
literatura”**

Publicación original: English, James F. “Everywhere and Nowhere: The Sociology of Literature After ‘The Sociology of Literature’”. *New Literary History*, 41/2 (2010), pp. v-xxiii. © 2010 Johns Hopkins University Press. Publicado con el permiso de Johns Hopkins University Press.

James F. English

Profesor titular de la cátedra *John Welsh Centennial* de estudios de inglés en la Universidad de Pensilvania, donde también es fundador y director del *Price Lab for Digital Humanities*. Ha publicado libros sobre literatura inglesa modernista y contemporánea, sobre la historia y el futuro de los estudios literarios, y sobre la sociología del valor cultural. *The Economy of Prestige*, un estudio sobre premios y galardones culturales, fue mencionado como el mejor libro académico de 2005 por la *New York Magazine*. Sus proyectos actuales incluyen una historia de los sistemas de *rating* y *ranking* en la literatura y las artes, así como un volumen de ensayos, *Literary Studies and Human Flourishing*, coeditado con Heather Love (Oxford University Press, 2022).

Traducción realizada por Hernán Maltz.¹ Revisión de Gabriel Salgado.

¹ Nota del Traductor (N. del T.): presento la traducción de una parte de un trabajo de James F. English, “Everywhere and Nowhere: The Sociology of Literature After ‘the Sociology of Literature’” (*New Literary History*, Volumen 41, Número 2, primavera de 2010, pp. v-xxiii), con autorización del autor y de la editorial (Johns Hopkins University Press). Se trata del texto introductorio a un dossier temático coordinado por él mismo que, bajo el título específico de *New Sociologies of Literature*, cuenta con once contribuciones firmadas por John Frow, Tony Bennett, Timothy Brennan, David J. Alworth, Mark McGurl, Shai M. Dromi y Eva Illouz, Heather Love, Elaine Freedgood, Ato Quayson, Michèle Richman y Bernard Lahire. Al funcionar como prólogo de un volumen colectivo, el trabajo de English contiene dos partes: por un lado, un desarrollo propio (páginas v a xv); por otro, una breve reseña de cada uno de los once trabajos que conforman el dossier (páginas xv a xxi). A continuación, traduzco solo la primera parte (además de las correspondientes notas, ubicadas en las últimas páginas del artículo: xxi-xxiii), que consiste en un balance panorámico sobre la sociología de la literatura, efectuado

La “sociología de la literatura” siempre ha nombrado a un conjunto polígloa y bastante incoherente de iniciativas. Está dispersa en tantos dominios y subdominios separados de la investigación académica, cada uno con sus propias agendas distintas de teoría y método, que apenas califica para la designación de un “campo”.¹ Pero, por motivos de claridad y simplicidad, me centraré aquí en el destino de la sociología en la historia reciente de los estudios literarios. ¿Están los estudios literarios activamente invirtiendo, en el presente, en el proyecto de sostener una sociología de la literatura? Tal como están configurados actualmente, y enfrentando las particulares circunstancias disciplinarias a las que nos enfrentamos, ¿los estudiosos de la literatura son capaces de producir una *nueva* sociología de la literatura? ¿Estarían favorablemente dispuestos hacia una, si esto ocurriera?

Uno duda en responder afirmativamente a tales preguntas. Nueva o vieja, la sociología de la literatura parece poseer poca tracción en los estudios literarios. Nadie parece lamentar el fallecimiento de una “vieja” sociología de la literatura, invocada en estos días (cuando acaso se la invoca) como un enfoque caduco y pasado de moda, como la estética de la recepción o la crítica arquetípica, que apenas merece un capítulo en la última antología teórica. Pero tampoco muchos estudiosos de la literatura abrazarían la perspectiva —tal como la perciben— de un nuevo giro sociológico, de un futuro más “sociológico” para los estudios literarios. Si la vieja sociología de la literatura parece demasiado vieja, una reliquia superada de un momento anterior en la disciplina, una nueva sociología de la literatura puede parecer demasiado contemporánea, en sintonía con las ominosas tendencias que están conduciendo la investigación humanista hacia algún pequeño y triste rincón de la crecientemente academia-dominada-por-las-ciencias-sociales,

desde la perspectiva de un representante de los estudios literarios estadounidenses. Por último, más allá de la aclaración sobre la procedencia del texto y sobre el criterio de recorte para la traducción, quisiera agradecer al propio English por la excelente predisposición y por conseguir el financiamiento para el permiso de publicación, así como a Gabriel Salgado y Gerardo Pignatiello por las tareas de revisión y las sugerencias de correcciones (al primero, por la lectura del artículo; al segundo, por la del extracto biobibliográfico del autor).

¹ N. del T.: mantengo el formato de las notas originales, al final del artículo, con números arábigos. Las notas de traducción se encuentran, con números romanos, a pie de página.

para soportar una supervivencia “interdisciplinaria” de investigación colaborativa de medios.

Me refiero aquí a imágenes y percepciones, a lo que la frase “sociología de la literatura” podría evocar en el imaginario disciplinar del Profesorado de Literatura Inglesa o de Literatura Comparada. No estoy hablando de ningún programa real de investigación, de intentos de conectar la misión central de la sociología con la de los estudios literarios, articulando de nuevas maneras, más rigurosas o más provocativas, la lógica social de los textos y las prácticas literarias y/o las formas literarias de los textos y las prácticas sociales. Esa empresa multifacética está viva y coleando, como creo que cualquiera que esté consciente de las emociones de nuestra profesión debería saberlo, y como afirman vibrantemente los ensayos de este número especial de la *New Literary History*.

Pero está el problema de la imagen, esta resistencia, como mínimo, a la nomenclatura, esta necesidad de poner comillas de miedo alrededor de la frase misma. “La sociología de la literatura”: algo que los críticos intentaron hacer hace mucho tiempo o (lo que es más preocupante) algo que los críticos están comenzando a hacer hoy en día en lugar de las tareas propias de la historia y la crítica literarias. ¿Cuándo exactamente se volvió habitual este distanciamiento y por qué? Rita Felski y yo nos embarcamos en este proyecto en parte como una forma de abordar esas preguntas. Habiendo ingresado a la escuela de posgrado a principios de la década de 1980, recordamos bien cuando “la sociología de la literatura” era un término ampliamente utilizado tanto por los estudiosos de la literatura como por los teóricos críticos. Esto fue especialmente cierto en Gran Bretaña, que, como observó Raymond Williams, permaneció hasta la década de 1970 como un “país atrasado —de hecho, no desarrollado—” con respecto a la sociología como disciplina académica.² Sin un establecimiento institucional considerable que los obstaculizara, los académicos británicos cuya formación y títulos superiores eran en literatura pudieron disponer libremente del manto de “sociólogo”. Además del propio Williams (cuyo nombramiento como profesor visitante en Stanford en 1973-1974 fue en ciencias sociales en vez de en humanidades), uno piensa aquí en Richard Hoggart (etiquetado como sociólogo en la mayoría de las bibliografías y enciclopedias) y Stuart Hall (quien fue nombrado profesor de

Sociología en la Open University en 1979), así como figuras más jóvenes como Francis Barker, Colin Mercer y Graham Murdock, todos los cuales llegaron a estar al menos tan estrechamente asociados con la sociología como con los estudios de inglés.¹¹¹ Entre mediados de la década de 1970 y mediados de la de 1980, estos críticos literarios con inclinación sociológica trabajaron de manera productiva junto a una generación emergente de sociólogos culturales (Tony Bennett, John Hall, Andrew Milner, David Morley, Charlotte Brunsdon, Jim McGuigan, Janet Wolff y muchos otros), basándose en las tradiciones del marxismo occidental y, en particular, de la teoría crítica, para forjar un camino interdisciplinario —una corriente de “sociología de la literatura” dentro de los “estudios culturales británicos”—, a través de ámbitos tan innovadores como el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham y el Proyecto de Sociología de la Literatura de Essex.

Australia, donde Felski realizó su trabajo de posgrado, participó de manera importante en el avance de esta nueva configuración intelectual e institucional. Los relativamente blandos límites disciplinarios que existen entre la sociología, la comunicación, los estudios de medios y los estudios de inglés permitieron, a académicos como Bennett (un nativo australiano con un título en sociología por Sussex), Mercer (un nativo británico con un título en sociología de la literatura por Essex) y John Frow (un nativo australiano con un título en literatura comparada por Cornell), comprometerse entre ellos como colegas en una serie de colaboraciones y proyectos genuinamente interdisciplinarios, cuando trabajaban en universidades australianas a principios y mediados de la década de 1980.

En los Estados Unidos, donde la sociología ya había delimitado su territorio separado dentro de las infraestructuras de educación superior y de política pública, esta conexión disciplinaria era más difícil. Aun así, la “sociología de la literatura” era algo de lo que un estudiante graduado estadounidense no podía evitar ser consciente a principios de la

¹¹¹ N. del T.: coloco “estudios de inglés” para designar el área de investigación y docencia académica de la lengua, la literatura y la cultura inglesas, *English*, que suele aplicarse a nombres de asignaturas, carreras, departamentos y otras segmentaciones institucionales de las universidades estadounidenses (y de todo el sistema educativo en general).

década de 1980. La escena de Birmingham estaba atrayendo una considerable atención transatlántica. Los primeros trabajos más importantes de Williams eran bien conocidos, había publicado un estudio sobre la televisión estadounidense en 1974 y, a principios de la década de 1980, sus *Keywords* y *Writing in Society* aparecieron ambos en ediciones estadounidenses.^{IV} *Towards a Sociology of the Novel* (1975) y *Method in the Sociology of Literature* (1981), de Lucien Goldmann, a menudo figuraban junto con las obras de Williams y Hall en los programas de estudios de los cursos de teoría literaria, habiendo eclipsado a la anterior *Sociology of Literature* de Robert Escarpit como las principales contribuciones francesas al campo. Atentos a esta tendencia curricular, los editores publicaron manuales y libros introductorios, como *Sociology of Literature* de John Hall en 1979 y *Sociology of Culture* de Williams en 1981, ambos dirigidos principalmente a estudiantes graduados en literatura.

Esta era la situación —“el momento’ de la sociología de la literatura”, como lo llama Bennett en su contribución a este volumen— que, a pesar de su aparente promesa, apenas figura en las descripciones de los estudios literarios de hoy. Muchas de estas figuras todavía están siendo leídas (de hecho, todavía están escribiendo), pero no, en general, bajo el estandarte de la “sociología de la literatura”. El Proyecto Essex abandonó la “sociología” de su nomenclatura a mediados de la década de 1980 y se disolvió una década después. El Centro de Birmingham perdió su prominencia y fue sumariamente “reestructurado” fuera de existencia hace una década. Una búsqueda de títulos de “sociología de la literatura” en Amazon no arroja manuales introductorios publicados desde 1990; las conferencias o paneles sobre sociología de la literatura son inexistentes, al menos desde la perspectiva de los estudiosos de la literatura. ¿Cómo explicar un declive tan rápido, especialmente cuando la evidencia sugiere que el interés en teorizar las relaciones de las formas literarias con las fuerzas sociales ha crecido en lugar de disminuir desde principios de la década de 1980?

De hecho, la creciente legitimidad institucional de este anteriormente disidente modo de estudio literario podría sugerir en sí misma una explicación parcial de su eclipse

^{IV} En todas las alusiones bibliográficas, mantengo los títulos en inglés, incluso en aquellas obras publicadas originalmente en otras lenguas. En las notas del final, agrego, cuando existen, referencias de las traducciones al español.

terminológico. Si la “sociología de la literatura” había funcionado a menudo durante el período de la ortodoxia de la Nueva Crítica como la “filosofía de la praxis” de Gramsci durante los años de su encarcelamiento —como eufemismo del enfoque marxista—, entonces tal vez fue el triunfo de ese enfoque, el triunfo de la teoría crítica y el paradigma de la “crítica”, el que permitió que el término mismo se desvaneciera. “Triunfo”, por supuesto, exagera un poco el asunto y, como discuto más abajo, también hubo otros factores en juego. Pero la amplia aceptación del paradigma (marxista) de la crítica, dentro de los estudios literarios, para 1990 había permitido que el modo “sintomático” o “sospechoso” de una lectura atenta suplantara en gran medida al de la Nueva Crítica, al tiempo que elevaba la Historia y el Poder a la posición de nuevos lemas disciplinarios y consignaba gran parte de la herencia formalista a un cesto de basura de rechazo, etiquetada como “ideología estética”.³ Hubo bastante menos necesidad de especificar una escuela o enfoque distinto llamado “sociología de la literatura” porque muchos estudiosos de la literatura eran ahora, en este sentido muy básico del término, sociólogos de la literatura. Dondequiera que estuvieran ubicados en el mapa de subcampos nombrados y reconocidos —los estudios poscoloniales, la teoría *queer*, el nuevo historicismo—, su misión disciplinaria compartida era coordinar lo literario con lo social: proporcionar una descripción de los textos y las prácticas literarias por referencia a las fuerzas sociales de su producción, los significados sociales de sus formas particulares y los efectos sociales de su circulación y recepción.

Por supuesto, esta misión se ha llevado a cabo de formas muy diferentes, algunas más directamente en deuda con las tradiciones sociológicas establecidas y más familiarizadas con ellas que con otras. Pero un examen rápido de algunas tendencias importantes desde la década de 1980 muestra cuán ampliamente una franja de la disciplina ha sufrido alguna forma de reorientación sociológica. Entre los enfoques donde las afinidades con la sociología son más fuertes deberíamos incluir la historia del libro y los nuevos estudios de bibliografía, que han sido revitalizados por el trabajo de académicos como Roger Chartier, Robert Darnton, D. F. McKenzie y Peter Stallybrass. Como McKenzie argumentó de manera influyente, los historiadores del libro deben reconocer que la

verdadera “sustancia” de su investigación no son los textos, sino “la sociología de los textos”, ya que “el libro, en todas sus formas, ingresa a la historia solo como una evidencia del comportamiento humano”.⁴ Al reformular la historia del libro en estos términos, los académicos han avanzado en lo que ha sido uno de los principales objetivos de la sociología de la literatura desde los primeros trabajos de Williams, a saber, abrir y extender el concepto mismo de cultura literaria junto con la comprensión de quién la produce. Como dice Alan Liu, la nueva historia del libro ha ayudado a “democratizar” el “circuito central” de la socialidad literaria, “restaurando para ver otros nodos vitales” en el proceso productivo más allá del club exclusivo del autor, el texto y el lector, haciendo espacio en los estudios literarios para “el editor, la editorial, el librero, el distribuidor, el coplero o el vendedor ambulante, el glosador, etcétera”.⁵ Este énfasis democratizador en los productores ocultos u olvidados de la cultura, a quienes Howard Becker llamó el “personal de apoyo” de los mundos del arte,⁶ entre otras cosas, ha permitido, a estudiosos de la literatura como Zachary Lesser y sociólogos como Laura J. Miller, John B. Thompson y Ted Striphas, llenar lo que John Sutherland se quejaba con razón de que todavía era el “agujero en el centro de la sociología literaria” en la década de 1980, a saber, la “ignorancia académica sobre el comercio de libros y los tecnicismos editoriales”.⁷ Y académicos como Stallybrass han recientemente llevado el proyecto de democratización más allá, al mundo de las cosas, explorando la agencia cultural no solo de individuos y colectividades “menores”, sino de los aparatos técnicos y objetos materiales de la práctica literaria, que sirven, en términos de Bruno Latour, como “actantes” en una vasta red de interrelación productiva con otros objetos, así como con humanos.⁸

El mismo Liu ha explorado estas redes super- o extrasociales de producción cultural en sus propias e importantes contribuciones a los estudios de los nuevos medios, una floreciente área de investigación que une la historia del libro, los estudios culturales, la teoría de la comunicación y la historia y la sociología de la ciencia. Los estudiosos de la literatura ya habían explorado los medios nuevos o digitales lo suficiente como para respaldar una antología como *Hypermedia and Literary Studies*, de George Landow y Paul Delany, en 1991; una década más tarde, *Radiant Textuality: Literature After the World Wide*

Web, de Jerome McGann, ganó el principal premio del libro en la disciplina; y hoy en día el campo abarca una gama completa de variantes en el trabajo de académicos de alto nivel, como Johanna Drucker y N. Katherine Hayles, y de los más jóvenes, como Lisa Nakamura y Matthew Kirschenbaum.

Una tercera rama sociológica de los estudios literarios que ha surgido desde la década de 1980 trata la historia y la lógica de los valores literarios y la formación del canon literario. El trabajo de Pierre Bourdieu ha dado gran ímpetu a esta línea de investigación, así como muchos de sus recursos conceptuales. Su teoría de los campos literarios generales y restringidos, con sus proporciones recíprocas de capital simbólico a económico, su enfoque en las formas en que las distinciones culturales y las “consagraciones” homologan, eufemizan y refuerzan las jerarquías sociales y su interés particular en el papel del sistema educativo en el mantenimiento de las estructuras de dominación han influido en una amplia gama de trabajos sobre el valor literario y las instituciones que lo producen, desde *Cultural Capital* (1994), de John Guillory, y *Cultural Studies and Cultural Value* (1995), de John Frow, hasta *World Republic of Letters* (2005), de Pascale Casanova.⁹ Pero el interés en las bases sociales e institucionales del valor literario se extiende mucho más allá de la escuela de Bourdieu y se ha convertido en un subcampo diversificado que contiene estudios tan variados e influyentes como *Politics of Letters* (1987), de Richard Ohmann, *Contingencies of Value* (1988), de Barbara Herrnstein Smith, *Institutions of Modernism* (1998), de Lawrence Rainey, *Consuming Fictions* (1988), de Richard Todd, *A Feeling For Books* (1999), de Janice Radway, *Insatiability of Human Wants* (2000), de Regenia Gagnier, *Postcolonial Exotic* (2001), de Graham Huggan, y el trabajo de Martha Woodmansee, Mark Osteen y otros involucrados en la nueva crítica económica.¹⁰

Superponiéndose con esta corriente de investigación, en la medida en que comparte un énfasis institucionalista en la educación superior, el programa de estudios y el profesorado, hay otro gran cuerpo de trabajo que ha estado repensando la historia de los estudios literarios y su lugar y función entre las disciplinas y en el más amplio mundo social. Esta es una forma de lo que Bourdieu llamó la sociología de la literatura “reflexiva”, que posiciona a la disciplina como su propio objeto de estudio, forzando un encuentro crítico

entre los estudiosos de la literatura y las condiciones de posibilidad de su autoridad y pericia. Terry Eagleton hizo una intervención influyente en este campo con el primer capítulo de su éxito de ventas del libro introductorio *Literary Theory* (1983), y subsecuentes contribuciones incluyen estudios importantes de Gerald Graff (1987), Ian Hunter (1988), Evan Watkins (1989), Gauri Viswanathan (1989) y Bill Readings (1996), así como *The Laws of Cool* (2004), de Alan Liu, que actualiza la sociología reflexiva de los estudios literarios con la era de los medios digitales y el “trabajo del conocimiento”.¹¹ Aunque se centran en diferentes tradiciones nacionales y momentos históricos, estos estudios comparten un interés en lo que Viswanathan destaca como la tarea central de la “sociología educacional”, a saber, la de “tratar las categorías recibidas del currículo no como absolutas sino como realidades construidas realizadas en contextos institucionales particulares”. Este desapego sociológico de la *illusio* literaria desnaturaliza nuestra inversión disciplinaria en, digamos, Shakespeare o la ironía, poniendo a la vista las “relaciones de poder entre el educador y el educado, y las relaciones del contenido curricular con la estructura social y los modos de organización social”.¹² El proyecto ha sido especialmente importante para los estudios poscoloniales (el campo de Viswanathan), ya que ha descubierto las agendas coloniales que se encuentran en las raíces de los estudios de inglés (una disciplina nacida en India y Escocia) y quizá de los estudios literarios modernos en general.

Una quinta rama explícitamente sociológica de los estudios literarios, que surge en diálogo con las ya mencionadas, se ha centrado en los lectores y la lectura. La historia del libro en particular ha ayudado a desalojar la tradicional concepción crítico-literaria de “el” lector como un procesador de texto generalizado (una concepción reforzada, en lugar de cuestionada, por el trabajo de Wolfgang Iser y la escuela de Konstanz de la estética de la recepción). A través de los esfuerzos de Chartier y otros, hemos llegado a ver el lado de la recepción de la práctica literaria como un espacio social complejo y cambiante en que el tipo de lectura que *nosotros* hacemos (silenciosa, secular, académica, no compartida, etcétera) es un desarrollo reciente y decididamente no típico. El trabajo sociológico sobre el valor literario y la formación del canon, y el de las funciones de la universidad, también han contribuido a configurar los términos de una sociología de los lectores; uno piensa en

particular en el trabajo más vendido de Bourdieu, *Distinction*, una crítica social de los cánones de valor aceptados, apoyada en un estudio empírico masivo de los juicios del gusto de las personas en la literatura y otras artes.¹³ Pero la sociología de los lectores y las prácticas de lectura que ha surgido desde la década de 1980 no es meramente tributaria o subsidiaria de estas otras líneas académicas (la historia del libro y la crítica del canon). El estudio más influyente sobre lectores en los Estados Unidos sigue siendo *Reading the Romance* (1984), de Radway, un libro terminado antes de la publicación de *Distinction* en inglés y mucho antes del surgimiento de un campo renovado de la historia del libro.¹⁴ Metodológicamente, se basó en la larga tradición sociológica de la investigación de la audiencia y la teoría de la persuasión masiva, y en la nueva y más respetuosa atención que se presta, especialmente dentro de la sociología británica, a las audiencias de la cultura popular y a las comunidades de fans. Ayudó a acelerar lo que Wendy Griswold, Terry McDonnell y Nathan Wright describen como el cambio principal en la sociología de la lectura estadounidense, de un enfoque preocupado principalmente por cuestiones de alfabetización y analfabetismo a uno preocupado por “la lectura como práctica social”, planteando preguntas sobre “quién lee qué, cómo lee la gente y cómo su lectura se relaciona con sus otras actividades”.¹⁵

El “quién” en el caso de Radway eran mujeres no académicas de clase media, y el impacto particular de su libro derivó en parte de su enfoque en estas lectoras, cuyas preferencias y prácticas habían servido tradicionalmente dentro de los estudios literarios solo como ejemplos negativos. *Reading the Romance* aportó una crítica específicamente feminista a la disciplina, al *habitus* académico y al régimen dominante del valor literario —algo que ni la sociología del gusto de Bourdieu ni las sociologías institucionalistas de la universidad lograron hacer—. El libro de Radway inició una duradera preocupación sociológica por el género de la lectura, evidente hoy en estudios como *Girl Talk* (1999), de Dawn H. Currie, *Book Clubs* (2003), de Elizabeth Long, *Reading Jewish Women* (2004), de Iris Parush, y muchos más.¹⁶ También inspiró a los académicos a plantear las preguntas de quién lee, y por qué, a otros grupos de lectores que fueron descuidados o subestimados en la óptica tradicional de los estudios literarios. La socióloga Wendy Griswold, por ejemplo,

ha extendido el alcance de tales preguntas a África, describiendo, entre otros, el “grupo experto de lectores comprometidos” en Nigeria: lectores hasta entonces en la periferia de la cultura anglófona que eran efectivamente invisibles para los estudiosos de la literatura antes de sus intervenciones.¹⁷

Esta lista de tensiones sociológicas en los estudios literarios podría extenderse para incluir, por ejemplo, el pujante campo del derecho y la literatura, que, entre otras cosas, ha estado mapeando las relaciones entre las leyes que gobiernan la propiedad intelectual, las concepciones populares y las prácticas concretas de la autoría, los modos de la distribución y el consumo literarios, y la historia de las formas literarias. Existe la sociología de la literatura y la raza, como se explora en la obra de Roderick Ferguson, Avery Gordon y Cynthia Tolentino.¹⁸ Está la sociología de la globalización y la “literatura mundial”, iniciada por Casanova, pero desarrollada por separado y no menos influyentemente por Franco Moretti. En la intersección de la literatura y el cine, está lo que R. Barton Palmer ha descrito como “el giro sociológico de los estudios de adaptación”, evidente, por ejemplo, en el trabajo de Dudley Andrew, Robert Stam y Simone Murray.¹⁹ Y así. Pero, a esta altura, debería estar muy claro el punto de que, cualesquiera que hayan sido sus destinos de reputación y nomenclatura desde finales de la década de 1970 y principios de la de 1980, la sociología de la literatura en realidad no ha retrocedido. En cambio, se ha asociado a una gran cantidad de significativos e innovadores proyectos que no son menos sociológicos por llevar otras etiquetas que “la sociología de la literatura”. Ha avanzado sigilosamente en muchos frentes y ahora parece, como sugiere gran parte del trabajo en este número, estar llegando a un punto de potencial especialmente rico a medida que tanto los estudios sociológicos como los literarios se orientan hacia nuevos enfoques, más rigurosamente “descriptivos” o “pragmáticos”, rechazando el largamente dominante paradigma de la crítica que ha regido y limitado la historia previa de sus encuentros.

Y, sin embargo, parece poco probable que el estandarte de la “sociología de la literatura” vuelva a levantarse pronto. De hecho, un emocionante y novedoso trabajo estará emergiendo (ya está emergiendo) en esta zona de contacto disciplinaria, pero, cuando se trata de catalogarlo, es probable que continúe la era de la asociación silenciosa. Y creo que

las razones de esto no son difíciles de discernir. El período que he estado examinando —el período “posterior” a la sociología de la literatura— ha sido, sin duda, testigo del auge de la investigación interdisciplinaria. Dejando a un lado la cuestión de sus beneficios intelectuales, este desarrollo ha ofrecido algunas ventajas institucionales claras a los estudios literarios, que han podido instalarse ellos mismos como un importante colaborador e incluso, en muchas universidades estadounidenses, como el verdadero eje de programas interdisciplinarios: los estudios africanos, los estudios asiático-americanos, los estudios de cine y medios, los estudios culturales, las humanidades digitales, los estudios estadounidenses tempranos, los estudios *queer*, los estudios de mujeres y muchos otros. Pero la adaptación de la disciplina al paradigma interdisciplinario solo ha llegado hasta cierto punto. Las disciplinas académicas (e incluso las interdisciplinas o híbridos) son entidades relacionales; deben definirse a sí mismas por lo que no son. Y lo que no son los estudios literarios es una disciplina de “contar”. Esta relación negativa con los números es tradicional —incluso fundamental— y no ha sido seriamente cuestionada por el auge de la interdisciplinaria.

De hecho, mientras los binarismos disciplinarios pueden haberse suavizado dentro de las humanidades (como también dentro de las ciencias), aquellos entre las disciplinas humanísticas y las no humanísticas han tendido a endurecerse. Porque este mismo período de creciente interdisciplinaria también ha sido, por supuesto (y no sin relación), el período de remodelación de la educación superior a partir de la imagen de la corporación privada. Las instituciones en las que estamos alojados (colegios, universidades, sistemas educativos estatales y nacionales, acuerdos regionales, marcas globales de educación superior, *rankings* mundiales) se han comprometido cada vez más con los datos numéricos, imponiéndonos regímenes cuantificados de valoración y evaluación cada vez más estrictos —regímenes que previsiblemente han tendido a desviar recursos de las humanidades hacia las mismas disciplinas que los han creado (como las disciplinas de finanzas, *marketing* y gestión estratégica de las escuelas de negocios)—.²⁰ Como la disciplina más grande de las humanidades y el centro de sus formaciones interdisciplinarias, los estudios literarios han asumido gran parte del peso de la crítica y la resistencia a esta intrusión, defendiendo

modelos y estrategias cualitativos contra el ingenuo o cínico paradigma cuantitativo que se ha convertido en la *doxa* de gestión de la educación superior.²¹ En estas circunstancias institucionales, el antagonismo hacia el conteo ha comenzado a sentirse como una lucha urgente por la supervivencia.

Permítanme apresurarme a decir que los departamentos de sociología están lejos de ser bastiones monolíticos de procesamiento numérico. Incluso en los Estados Unidos, donde los enfoques cuantitativos han ocupado una posición dominante y donde casi todos los programas de doctorado requieren capacitación en métodos estadísticos, la sociología se encuentra entre las disciplinas más heterogéneas y metodológicamente competentes —de hecho, mucho más que los estudios literarios—. Abarca un ala vibrante de la “nueva sociología cultural” (encabezada por académicos como Paul DiMaggio, Craig Calhoun, Michèle Lamont, Ann Swidler, Jeffrey Alexander y Philip Smith) que, aunque desarrolle sus propios supuestos y métodos distintivos, tiene más en común con las tradiciones de los estudios culturales británicos y la teoría crítica europea (tradiciones representadas hoy por figuras como John B. Thompson y Mike Featherstone en el Reino Unido, y Jürgen Habermas, Zygmunt Bauman y Ulrich Beck en Alemania) que con el tipo de positivismo parsoniano que los estudiosos de la literatura tienden a imaginar como la única agenda de la sociología.²² La sociología crítica ha contribuido mucho más que los estudios literarios al conjunto de herramientas para la crítica de las jerarquías sociales y las ideologías neoliberales actuales; y la sociología de la educación ha producido desafíos más poderosos e integrales para la universidad corporativa.²³ Sin embargo, las percepciones guían la práctica, y los estudios literarios, al menos en Estados Unidos, se han dejado guiar a menudo por una visión de la sociología, así como de las ciencias sociales en general, como aliada a la hegemonía de los números, y como una disciplina decisivamente favorecida, por encima y en contra de las humanidades, por los despreciados nuevos directivos de la educación superior.

Además de silenciar el término “sociología” dentro de los estudios literarios, una consecuencia de esta percepción errónea es una tendencia a recurrir al trabajo sociológico más innovador de los críticos literarios por sus conclusiones, en lugar de sus métodos. Consideremos la respuesta a dos intervenciones importantes que delimitan de manera

efectiva el período que hemos estado considerando. En un extremo se encuentra *Reading the Romance*, de Radway, que, como ya se señaló, ha ejercido un poderoso y duradero efecto en los estudios literarios, inspirando mucho trabajo sobre los géneros populares, las formas de la comunidad interpretativa, las jerarquías generizadas del valor cultural y más.^v Pero pocos estudiosos de la literatura, si acaso alguno, han modelado sus programas reales de investigación a partir de los de Radway. *Reading the Romance* fue, debemos recordar, un estudio empírico basado en cuestionarios. Sus cuestionarios no se distribuyeron a la manera de una encuesta científica rigurosamente diseñada; no hubo grupos de muestra ni análisis de regresión, ni gráficos ni diagramas. Los datos extraídos de los cuestionarios se complementaron con entrevistas y otras investigaciones etnográficas cualitativas, que dieron forma en gran medida al análisis. Aun así, era un libro que proponía una clara línea de distanciamiento de los protocolos normativos de los estudios literarios, trazando un nuevo camino metodológico en la dirección de las ciencias sociales. Ha sido un camino no recorrido.

En el otro extremo de este lapso de tiempo, encontramos otra intervención fundamental y ampliamente discutida en “Conjectures on World Literature” (2000) y *Graphs, Maps, Trees* (2005), de Franco Moretti. En el trabajo de Moretti, el distanciamiento de los métodos normativos y el giro hacia las ciencias sociales se expresan en términos mucho más polémicos que en el de Radway. Moretti denuncia la lectura atenta y la devoción a un pequeño canon de textos como prácticas “teológicas”, y demanda explícitamente un enfoque más “científico” de la historia literaria, un proyecto de “lectura distante” que combine conjuntos de datos a gran escala, modelos abstractos extraídos de las matemáticas y la biología, y una gran confianza en la presentación visual de información cuantitativa. A veces, el apego de Moretti al “espíritu científico” y el menosprecio de los humanismos poco rigurosos se expresan tan abiertamente que uno se pregunta si él acaso realmente espera que su llamado sea atendido.²⁴ La obra de Moretti ha tenido una gran

^v N. del T.: cabe aclarar que, en esta oración, conviven dos significados distintos para el significante “género”, que en inglés sí posee dos significantes diferenciados para cada uno de ellos: *genre* y *gender*. Mientras “géneros populares” se refiere a los géneros discursivos o literarios (es decir, al *genre*), “jerarquías generizadas” apela a la formación del valor literario con un predominio históricamente masculino (es decir, al *gender*).

influencia en el campo de la historia de la novela y ha contribuido a reanimar el campo de la literatura mundial comparada. Y ciertamente ha provocado mucho debate y discusión *sobre* el uso de datos y modelos matemáticos en los estudios literarios. Lo que no ha hecho es inspirar a otros estudiosos de la literatura a adoptar sus métodos cuantitativos como parte de un nuevo modelo de práctica. Por el contrario, las provocaciones de Moretti, aunque centelleantes, han tendido a reforzar la falsa pero generalizada percepción de una gran división entre la literatura y la sociología, con la primera asociada a toda devoción irracional y delicadeza interpretativa, y la última a todo rigor científico y a “resultados” verificables.

La sociología misma ha favorecido durante mucho tiempo la investigación con métodos mixtos y ha recorrido un buen camino hacia la disolución, tanto en la práctica como en la teoría, de este antiguo binarismo de lo cuantitativo versus lo cualitativo. Pero los estudiosos de la literatura parecen menos capaces que nunca de mapearse a sí mismos en el panorama de la educación superior sin hacer referencia a esa supuesta línea de falla. Incluso aquellos que se ven a sí mismos como haciendo estudios culturales tienden a no aventurarse a través de la división disciplinaria para leer a, digamos, DiMaggio sobre el arte y la audiencia, Thompson o Featherstone sobre los medios populares, Timothy Dowd, Marco Santoro o Johan Fornäs sobre la música popular, o cualquiera de los trabajos que aparecen en las revistas importantes de investigación con métodos mixtos, como *Poetics* y la *American Sociological Review*. Por lo tanto, es probable que la sociología permanezca en una posición desconcertada dentro de los estudios literarios (norteamericanos), percibida como una amenaza institucional incluso cuando sirva como una socia indispensable en muchos terrenos de la investigación histórica y teórica.

Notas

1. A este respecto, nada ha cambiado mucho desde finales de la década de 1980, cuando Priscilla Parkhurst Ferguson, Philippe Desan y Wendy Griswold, examinando el terreno para un número especial de *Critical Inquiry*, observaron un “grupo de empresas intelectuales... congregándose bajo un paraguas muy grande solo para

- diferir enormemente en su sentido de lo que hacen y de lo que hace la sociología de la literatura”. Ferguson, Desan, y Griswold, “Editor’s Introduction: Mirrors, Frames, and Demons: Reflections on the Sociology of Literature”, *Critical Inquiry* 14 (primavera de 1988): 421.
2. Raymond Williams, “Literature and Sociology: In Memory of Lucien Goldman”, *New Left Review* 67 (mayo-junio de 1971).
 3. Sin su énfasis en el psicoanálisis, este es aproximadamente el itinerario de la disciplina posterior a la década de 1970, tal como lo describen Stephen Best y Sharon Marcus en un relato reciente sobre el auge de la “lectura superficial”. Véase Best y Marcus, “Surface Reading: An Introduction”, *Representations* 108 (otoño de 2009): 1–21.
 4. D. F. McKenzie, “The Sociology of a Text: Orality, Literacy and Print in Early New Zealand”, en *Bibliography and the Sociology of Texts* (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1999), 126. [Trad. Esp.: “La sociología de un texto: oralidad, alfabetización e imprenta en los primeros años de Nueva Zelanda”, en *Bibliografía y sociología de los textos*, Madrid, Akal, 2005, pp. 91-140]
 5. Alan Liu, “From Reading to Social Computing” en borrador; citado con autorización del autor [disponible en: <https://dlsanthology.mla.hcommons.org/from-reading-to-social-computing/>].
 6. Howard Saul Becker, *Art Worlds* (Berkeley and Los Angeles: Univ. of California Press, 1982). [Trad. Esp.: *Los mundos del arte: Sociología del trabajo artístico*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2008]
 7. John Sutherland, “Publishing History: A Hole at the Centre of Literary Sociology”, *Critical Inquiry* 14 (primavera de 1988): 574; Zachary Lesser, *Renaissance Drama and the Politics of Publication: Readings in the English Book Trade* (Nueva York: Columbia Univ. Press, 2004); Laura J. Miller, *Reluctant Capitalists* (Chicago: Univ. of Chicago Press, 2005); John B. Thompson, *Books in the Digital Age: The Transformation of Academic and Higher Education Publishing in Britain and the United States* (Cambridge: Polity, 2005); Ted Striphas, *The Late Age of Print: Everyday Book Culture from Consumerism to Control* (Nueva York: Columbia Univ. Press, 2009).

8. Bruno Latour, "On Actor Network Theory, A Few Clarifications", *Soziale Welt* 47, no. 4 (1996): 367-81.
9. John Guillory, *Cultural Capital: The Problem of Literary Canon Formation* (Chicago: Univ. of Chicago Press); John Frow, *Cultural Studies and Cultural Value* (Nueva York: Oxford Univ. Press, 1995); Pascale Casanova, *The World Republic of Letters* (Cambridge, MA: Harvard Univ. Press, 2005). [Trad. Esp.: Casanova, Pascale, *La República mundial de las Letras*, Barcelona, Anagrama, 2001]
10. Richard M. Ohmann, *The Politics of Letters* (Middletown, CT: Wesleyan Univ. Press, 1987); Barbara Herrnstein Smith, *Contingencies of Value: Critical Perspectives for Critical Theory* (Cambridge, MA: Harvard Univ. Press, 1988); Janice Radway, *A Feeling for Books: The Book-Of-The-Month Club, Literary Taste, and Middle-Class Desire* (Chapel Hill: Univ. of North Carolina Press, 1999); Regenia Gagnier, *The Insatiability of Human Wants; Economics and Aesthetics in Market Society* (Chicago: Univ. of Chicago Press, 2000); Graham Huggan, *The Postcolonial Exotic: Marketing the Margins* (Londres: Routledge, 2001); Martha Woodmansee and Mark Osteen, eds., *The New Economic Criticism: Essays at the Interface of Literature and Economics* (Nueva York: Routledge, 1999).
11. Gerald Graff, *Professing Literature: An Institutional History* (Chicago: Univ. of Chicago Press, 1987); Ian Hunter, *Culture and Governance: The Emergence of Literary Education* (Londres: Macmillan, 1988); Evan Watkins, *Work Time: English Departments and the Circulation of Cultural Value* (Stanford, CA: Stanford Univ. Press, 1989); Gauri Viswanathan, *Masks of Conquest: Literary Study and English Rule in India* (Nueva York: Columbia Univ. Press, 1989); Bill Readings, *The University in Ruins* (Cambridge, MA: Harvard Univ. Press, 1997); Alan Liu, *The Laws of Cool: Knowledge Work and the Culture of Information* (Chicago: Univ. of Chicago Press, 2004).
12. Viswanathan, 18.

13. Pierre Bourdieu, *Distinction: A Social Critique of the Judgment of Taste*, trans. Richard Nice (Cambridge, MA: Harvard Univ. Press, 1984). [Trad. Esp.: *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988]
14. Janice Radway, *Reading the Romance: Women, Patriarchy, and Popular Literature* (Chapel Hill: Univ. of North Carolina Press, 1984).
15. Wendy Griswold, Terry McDonnell, y Nathan Wright, "Reading and the Reading Class in the Twenty-First Century", *Annual Review of Sociology* 31 (2005): 127.
16. Dawn H. Currie, *Girl Talk: Adolescent Magazines and their Readers* (Toronto: Univ. of Toronto Press, 1999); Elizabeth Long, *Book Clubs: Women and the Uses of Reading in Everyday Life* (Chicago: Univ. of Chicago Press, 2003); Iris Parush, *Reading Jewish Women: Marginality and Modernization in 19th-Century Eastern European Jewish Society* (Lebanon, New Hampshire: Brandeis Univ. Press, 2004).
17. Este tipo de lectores no eran en modo alguno invisibles para los sociólogos de la literatura africana. El trabajo de Griswold (en *Bearing Witness: Readers, Writers, and the Novel in Nigeria* [Princeton, Nueva Jersey: Princeton Univ. Press, 2000]) extiende una línea de investigación sociológica que se remonta a las décadas de 1960 y 1970, con africanistas como Nancy J. Schmidt, Bernth Lindfors y Emmanuel Obiechina. Pero la familiaridad mucho más cercana de Griswold y su participación en los estudios literarios le dio a su trabajo un impacto especial entre los estudiosos de la literatura, muy pocos de los cuales se habían detenido a considerar cómo, por ejemplo, un lector por placer y no académico de África Occidental podría encajar en las teorías predominantes de la lectura.
18. Avery Gordon, *Ghostly Matters: Horror and the Sociological Imagination* (Mineápolis: Univ. of Minnesota Press, 1997); Roderick A. Ferguson, *Aberrations in Black: Toward a Queer of Color Critique* (Mineápolis: Univ. of Minnesota Press, 2004); Cynthia H. Tolentino, *America's Experts: Race and the Fictions of Sociology* (Mineápolis: Univ. of Minnesota Press, 2009).
19. R. Barton Palmer, "The Sociological Turn in Adaptation Studies: The Example of Film Noir", en *A Companion to Literature and Film*, ed. Robert Stam y Alessandra Raengo

- (Oxford: Blackwell, 2004), 258–78. Un ejemplo sería el trabajo de Simone Murray, cuyo “Materializing Adaptation Theory: The Adaptation Industry,” en *Literature/Film Quarterly* 36 (enero 2008): 4-20, es parte de un libro de próxima aparición sobre la industria de la adaptación (Routledge 2011).
20. Para el contexto estadounidense, véase Derek Bok, *Universities in the Marketplace: The Commercialization of Higher Education* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton Univ. Press, 2003). Para análisis comparativos a través del colegiado global, véase Philip G. Altbach, ed., *International Higher Education: Reflections on Policy and Practice* (Chestnut Hill, Massachusetts: Boston College Center for International Higher Education, 2006).
21. Ejemplos recientes incluyen a Marc Bousquet, *How the University Works: Higher Education and the Low-Wage Nation* (Nueva York: New York Univ. Press, 2008), y Frank Donoghue, *The Last Professors: The Corporate University and the Fate of the Humanities* (Nueva York: Fordham, 2008).
22. Antologías útiles incluyen a Philip Smith, ed., *The New American Cultural Sociology* (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1998), y Craig Calhoun and Richard Sennett, eds., *Practicing Cultures* (Nueva York: Routledge, 2007), que presenta el trabajo de una generación más joven. Véase también el manifiesto de la Yale School, de Jeffrey C. Alexander y Philip Smith, “The Strong Program in Cultural Sociology”, en *The Meanings of Social Life*, ed. Jeffrey C. Alexander (Nueva York: Oxford, 2004).
23. En el Reino Unido y Europa, donde hasta la década de 1980 los sistemas de educación superior financiados por el Estado no tenían nada que ver con el modelo empresarial, la sociología se ha centrado en estos temas solo recientemente. En los Estados Unidos, se puede rastrear una tradición robusta que se remonta a *Higher Education in America: A Memorandum on the Conduct of Universities by Business Men* (Nueva York: Hill y Wang, 1918), de Thorstein Veblen.
24. Franco Moretti, *Graphs, Maps, Trees: Abstract Models for Literary Theory* (Nueva York: Verso, 2005), 4. [Trad. Esp.: *La literatura vista desde lejos. Con un ensayo de Alberto Piazza*, Barcelona, Marbot Ediciones, 2007]